



Universidad de Valladolid

Thorstein Veblen:
Institucionalismo y
evolucionismo económico

Trabajo Fin de Grado

Autor: Adrián Simonetti Kolundzija

Tutor: Pedro González-Arroyo España

Facultad de Filosofía y Letras

Departamento de Filosofía

Grado en Filosofía

Junio 2021

RESUMEN:

Veblen pone en marcha una reformulación de nuestro modo de entender al hombre como sujeto que orienta la acción exclusivamente a través de una racionalidad “todopoderosa” que opera conforme a fines conscientes, y propone una visión del ser humano en relación con una diversidad de factores biológicos, psicológicos y culturales. Sugiere acabar, por tanto, con la economía pensada como sistema abstracto, estable y regulado, para crear una ciencia dinámica y abarcadora en diálogo con la antropología, la sociología y la biología.

PALABRAS CLAVE:

Evolucionismo, institución, hábito, finalismo, emulación pecuniaria, ocio ostensible, consumo ostensible, normativismo.

ABSTRACT:

Veblen proposes reframing our way of understanding man as a conscious individual who guides his action attending to an “almighty” rationality which operates according to conscious purposes, and suggests an idea of mankind regarding biological, psychological, and cultural factors. He tries to put an end to economics considered as an abstract, stable, regulated system, in order to create a dynamic, comprehensive science, dialoguing with anthropology, sociology and biology.

KEY WORDS:

Evolutionism, institution, habit, finalism, pecuniary emulation, conspicuous leisure, conspicuous consumption, normativism.

“Then there is the will to conquer: the impulse to fight, to prove oneself superior to others, to succeed for the sake, not of the fruits of success, but of success itself.”

The Theory of Economic Development, J. A. Schumpeter

ÍNDICE

Introducción.....	5
Capítulo 1. ¿Qué es una institución?: La clase ociosa.....	10
1.1. Instituciones, hábitos y <i>bounded rationality</i>	10
1.2. Los orígenes “odiosos” de la clase ociosa.....	13
1.3. El ocio y el consumo ostensibles.....	19
Capítulo 2. ¿Cómo sobreviven las instituciones?: Evolucionismo económico.....	23
2.1. La influencia de la biología en el concepto de institución.....	23
2.2. Dinamismo y selección natural en el sistema institucional.....	25
2.3. Crisis y conservadurismo en el sistema institucional.....	28
2.4. La reformulación vebleniana de las ciencias económicas.....	32
Conclusión.....	38
Bibliografía.....	39

Introducción

“El modo de producción de la vida material determina el proceso social, político e intelectual de la vida en general”¹. En el prólogo de su *Contribución a la crítica de la economía política*, Marx pone en relación dos elementos: la existencia social del hombre y las relaciones de producción materiales, de tal modo que no pueden ser pensados de manera independiente o individual. Según esta hipótesis la conciencia social de los hombres se constituye sobre ciertas condiciones materiales que posibilitan una determinada configuración de la superestructura. Si a nosotros nos interesa este planteamiento, más allá de los problemas teóricos que de él se desprenden y que Marx trata en su obra, como la lucha de clases o la distribución del capital, es porque sirve de punto de partida para entender la importancia que tiene la economía dentro de la reflexión del pensamiento crítico. Si el filósofo alemán estaba en lo correcto, parece inevitable remitirnos al estudio de la organización material de la realidad para entender cómo pensamos. Se nos está indicando la necesidad de estudiar las relaciones humanas específicamente materiales con el fin de tener un conocimiento completo de las condiciones que posibilitan y condicionan la disposición de los rasgos propios de la subjetividad de los individuos.

Por tanto, un buen punto de partida para iniciarnos en el estudio del comportamiento humano es la forma en que, de hecho, organizamos nuestra vida a nivel material. Nuestras costumbres se ven siempre reflejadas últimamente en la racionalización y el ordenamiento de los bienes materiales disponibles. Hasta qué punto y de qué manera influyen ciertos afectos, pasiones, actitudes e instintos en este proceso, son el tipo de cuestiones que han despertado un interés más profundo en algunos economistas. Otros, como veremos, han ignorado, siempre que les era posible, este tipo de cuestiones considerándolas irrelevantes o de menor interés en el estudio de la economía

¹ Marx, Karl: *Contribución a la crítica de la economía política*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2008. Págs. 4-5.

como una disciplina científica y abstracta. Nosotros nos alejaremos aquí de esa concepción de la economía como mera observación imparcial de datos y, a través de Thorstein Veblen, trataremos poner de relieve precisamente todos aquellos aspectos sociales y psicológicos que intervienen en el desarrollo económico. Una vez evidenciamos el papel crucial del ethos o las costumbres en la distribución social de los bienes, advertiremos que la filosofía política y la ética tienen mucho que decir sobre la economía, o visto de otra manera, que la economía no puede guardar silencio cuando se trata de pensar nuestras sociedades desde la crítica política. Por tanto, nuestra aproximación a este campo de estudio estará siempre asociada, a partir de Veblen, a la psicología social y a la antropología.

Para comprender la profundidad crítica del pensamiento de Thorstein Veblen, nacido en 1857, debemos hacer un breve recorrido por el contexto histórico y económico del siglo XIX. Con la revolución industrial tendiendo hacia su máximo apogeo y el desarrollo exacerbado del comercio y el sistema capitalista, los economistas dejaron de preocuparse por las visiones críticas sobre la visión del mundo para convertirse en espectadores pasivos de esos tiempos tan esperanzadores y optimistas. Se centraron en los detalles del sistema y se despreocuparon de la cuestión por su origen o su destino. Pensadores como F. Edgeworth o Alfred Marshall, heredando las ideas de Bentham, concebían al ser humano como una calculadora con tendencia permanente hacia la obtención del máximo placer posible. De este modo, era posible matematizar la conducta humana, caracterizándola como una competencia perfecta entre los individuos por conseguir los bienes que ofrecía la sociedad.² La economía depende para estos autores de los cálculos racionales que hace el individuo y no de la influencia que puedan ejercer un determinado régimen político, una tendencia social o incluso los instintos sobre el mismo.

Las críticas de Veblen, efectuadas al mismo tiempo que se desarrollaban la escuela neoclásica y la escuela marginalista, llegan como un soplo de aire fresco para un ambiente cargado de fórmulas y operaciones lógicas. Pone en cuestión que la economía se encuentre dirigida exclusivamente por la racionalización y organización de los deseos materiales atendiendo exclusivamente a nuestras necesidades primarias. Parece que un análisis de la sociedad en términos de un conjunto de individuos que dirigen sus acciones según un cálculo hedonístico racional no puede explicar muchas de las transformaciones

² Heilbroner, R. L.: *Los filósofos terrenales*, Madrid, Alianza Editorial, 2016. Capítulo 7. Pág. 257.

y mutaciones que Veblen observa, en concreto, entre la población americana del cambio de siglo. Pensar que el ser humano dispone de tal capacidad para organizar su vida en base a un cúmulo sin fin de cálculos no nos permite dar razón de los desequilibrios que advertimos en la práctica. Ese orden ideal que buscan los neoclásicos, fundándose en una concepción del individuo abstraída de la cultura, no tiene nada que ver con los momentos de repentinas crisis o rápidos desarrollos que de hecho se dan. La disciplina económica no puede caer en la trampa de creer que la organización y distribución de los bienes a lo largo de la historia se realiza de acuerdo con un fin lógico. Es un tanto inocente pensar que podemos explicar el modo en que los seres humanos nos comportamos únicamente con esta concepción reduccionista de la subjetividad. No diríamos que, en nuestro día a día, sopesamos cada decisión que tomamos evaluando sus posibles consecuencias en términos de placer o dolor de manera consciente.

Los economistas clásicos explicaban la realidad de acuerdo con un programa racionalista que explicaba su jerarquización como resultado de la lucha entre los individuos por el éxito monetario. El mundo resulta fácilmente explicable partiendo de la idea de que los humanos organizamos racionalmente nuestra fuerza de trabajo de acuerdo con el cálculo de nuestros intereses individuales. En este contexto, las personas más sagaces o afortunadas logran incrementar su patrimonio, a veces tanto como para poder permitirse el lujo de trabajar menos. Veblen dudaba de que el elemento cohesionador de las sociedades fuera la libre competencia como la convergencia racional de los intereses individuales. Sospechaba que hubiera otro tipo de fuerzas que llevaban a la división de la sociedad en clases, entre ellas la clase ociosa. Esta última no era para Veblen un inocente resultado del sistema de acumulación capitalista, que parecía dar a entender que el ocio era un fin deseable por sí mismo.

La economía clásica nos habla de intereses individuales y privados que convergen en el mercado, que da a cada individuo lo que le pertenece por derecho. Así surgen las clases, la estratificación social de grupos de individuos según su nivel adquisitivo. Esta visión, aunque teóricamente esclarecedora, no se corresponde con la realidad del origen de la división de clases. La pregunta que deberíamos hacernos, y que también se hace Veblen, es por qué estos intereses supuestamente individuales siempre hacen emerger una clase ociosa y una clase trabajadora. La cuestión aquí es si realmente estas dos clases son, tan solo, una consecuencia natural de la economía como racionalización del conjunto de las voluntades individuales. Esa es la explicación que nos dan los economistas clásicos:

aquellos que consiguen hacer una mayor fortuna pasan a formar parte de un grupo distinto al de aquellos que necesitan usar su fuerza de trabajo para sobrevivir. Veblen sospecha que quizás esos intereses individuales no sean tan racionales como se nos da a entender. Puede que detrás de esa libre voluntad, tan adorada por el pensamiento liberal, que constituye al sujeto económico moderno, haya una serie de instintos y hábitos, no tan libres, que sean una posible explicación para la existencia de estas dos clases. Puede que, en este contexto económico, después de todo, los intereses del individuo no sean tan individuales como pensaban los neoclásicos, y que las clases no sean simplemente un efecto esperable de estos. Veblen va a abrir una línea crítica hacia sus contemporáneos, dándole un nuevo sentido a la división social de clases teniendo en cuenta aspectos sociológicos, históricos y antropológicos, que condicionan de algún modo la conducta humana y que pueden ayudarnos a explicar la supervivencia de este modelo social característico del *homo oeconomicus*. Todos o varios de estos aspectos se reúnen bajo la forma de la *institución económica*, cuya fuerza reside en su capacidad para orientar los modos de vida de cada persona en una sociedad.

El enfoque crítico que inaugura Veblen está directamente relacionado con su formación, que incluía amplios conocimientos sobre antropología, sociología y psicología social, entre otros. Como veremos, algunas de las influencias más destacadas que recibió en su educación para la conformación de su pensamiento institucionalista posterior son las de los célebres Herbert Spencer y Charles Darwin. Es esta carga intelectual la que lleva a Veblen a observar que la economía académica parte de una preconcepción psicológica y antropológica obsoleta.³ En un contexto en el que se premiaba al empresario cínico, como lo eran los Estados Unidos de Gould o Rockefeller, Veblen no podía sino sorprenderse cuando sus compañeros economistas describían la situación con términos tan desapegados de la realidad como “ahorro y acumulación o iniciativa”. Los economistas neoclásicos desviaban la mirada ante los verdaderos excesos y derroches de la sociedad norteamericana, que luchaba de manera despiadada por la riqueza dejando de lado cualquier tipo de consideración moral. El rápido desarrollo de la Segunda Revolución Industrial parecía difícilmente comprensible si no se tenían en cuenta, además de unas cuantas tablas estadísticas, importantes transformaciones en la mentalidad del

³ Roueck, Joseph S.: *El impacto de las teorías de Veblen en el pensamiento social económico norteamericano*. Nueva York, Queensborough Community College, 1968.

momento, que se caracterizaba por ser depredadora. Los economistas norteamericanos se hallaban tan inmersos en el entusiasmo de sus tiempos, que difícilmente podían dar un paso atrás y tomar distancia para darse cuenta de que sus descripciones formales y estáticas del mundo cada vez se desvirtuaban más y más. Veblen no encontraba en el cálculo diferencial de los victorianos las respuestas a sus preguntas, que no iban destinadas tanto a comprender el propio sistema de la empresa sino a elucidar las causas sociales y rituales de este. Es quizá este rasgo de la personalidad de Veblen, tan cercano al estudio antropológico de los hombres, por lo que sus aportaciones resultan tan enriquecedoras para la filosofía. De alguna manera, trató de adentrarse en el complejo entramado de costumbres tan dispares de su sociedad para distinguir la verdadera causa de estas.

La psicología y la antropología le llevarán a sospechar que el ser humano es más bien un resultado de sus instintos, hábitos y costumbres, que un producto del cómputo lógico de los placeres orientado hacia una finalidad racional. Llegados a este punto es necesario introducir dos postulados que serán los dos pilares sobre los cuales oscila la propuesta de Veblen y que es su respuesta ante los tiempos que vive. De manera respectiva, los dos apartados del presente texto estarán destinados a un análisis más profundo de ambos principios. El primero de ellos tiene que ver con la introducción que hace el mismo Veblen del concepto de “institución” para referirse a ciertas entidades sociales o culturales que tienen un efecto determinante sobre la vida del individuo. El segundo principio hace referencia al modo en que estas instituciones sobreviven a lo largo de la historia, y está directamente relacionado con el surgimiento de lo que hoy conocemos como evolucionismo económico.

1. ¿Qué es una institución?: La clase ociosa

1.1. Instituciones, hábitos y *bounded rationality*.

La *institución* es, frente a la concepción tradicional del individuo como núcleo de la actividad económica, el principal objeto de estudio de la escuela económica institucionalista norteamericana. La forma y la función de las diversas instituciones que conforman una sociedad, así como su evolución a lo largo de la historia, deben ser la principal ocupación del análisis económico. El grupo es la realidad económica que se define por sus hábitos, costumbres y tradiciones. De este modo, la institución puede entenderse como el conjunto de normas o patrones de comportamiento que se sustentan por fuerza de los hábitos de un grupo. Las costumbres, que a su vez condicionan las prácticas individuales, no tienen por qué obedecer a una elección racional o lógicamente justificable⁴. Las instituciones se materializan de diversas maneras, a través de la religión, el deporte, la educación, el trabajo y más, pero esto no afecta de ningún modo a su naturaleza misma, que se define por la reiteración de ciertas prácticas o estilos de vida. Más allá de los valores o normas particulares que haya de tener una institución, lo que nos interesa poner de relieve aquí es el poder de la institución para forjar lazos comunitarios resistentes basados en el hábito. Entendemos aquí por “hábito” cualquier patrón de comportamiento repetitivo no reflexivo y autónomo. La institución como motor de las dinámicas grupales impulsa a partir del hábito la acción supuestamente racional. El hábito no se explica u orienta a través del procesamiento racional, sino al revés.

Las raíces de la noción de hábito se encuentran en el pensamiento de David Hume, que usa este concepto para referirse a la repetición de una acción que da lugar a ciertas creencias. Por tanto, desde la epistemología humeana el hábito o costumbre se comprende

⁴ Carlos Mellizo, Prólogo a la *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

como el paso previo a la expectativa racional que adopta la forma de un grupo de creencias, como pueden ser aquellas relativas a nuestro análisis causal de la realidad. Las acciones humanas se orientan a partir de estas creencias, que a su vez son resultado de la costumbre. En último lugar, la gran guía de la vida social es el hábito y no la razón, pues el curso de nuestro comportamiento depende del primero. En cuanto a la naturaleza de la *institución* podemos afirmar que en su núcleo se hallarán un conglomerado de creencias que dan lugar a la norma que rige dicha estructura. Independientemente de cuál sea la norma, la prevalencia de unas creencias sobre otras en el espacio institucional se dará en virtud del estilo de vida habitual del grupo. De este modo el grupo traza en gran parte el recorrido vital de los individuos, que nunca se hallan exentos de la fuerza que ejerce sobre ellos la costumbre. El modo de comportarse que tenga un individuo ante la sociedad y la institución a la que pertenece, se anuncia según una particular conducta gremial.

La capacidad de decisión no responde, como sí creían los neoclásicos, a la discriminación racional entre dos o más opciones dependiendo únicamente de los gustos privados. El desarrollo económico depende de todos esos factores institucionales que podríamos decir que constituyen la identidad de un grupo. Por ello la economía no es reductible al estudio del cálculo racional de los deseos o los placeres que nos puede reportar un bien, ni tampoco del grado de desarrollo tecnológico de una sociedad. Las instituciones abarcan además de los gustos de las personas, sus expectativas de futuro, sus hábitos y sus motivaciones. Todas estas variables, a las que podemos referirnos de manera laxa bajo el rótulo de costumbres, dan forma al modo en que los individuos perciben su realidad. Con costumbres nos referimos aquí a todas aquellas formas de la subjetividad que responden a pautas fijadas por el grupo y que adquieren la forma de creencias cuya fundamentación no es necesariamente consciente. Se sigue de esto que las acciones y modos de comportamiento que surgen a partir de la institución, en la medida que responden al hábito, tienen un principio no racional en el sentido tradicional.

A través del estudio de las instituciones podemos lograr una comprensión más completa de la gestión de los recursos de una sociedad, atendiendo a una compleja amalgama de patrones de comportamiento que trascienden con creces la neutralidad del análisis racional. La vía que tomaremos para entender el funcionamiento de una institución, así como su extensión, su origen y otros rasgos fundamentales, será el propio estudio que realiza Veblen sobre la *clase ociosa* como la más novedosa y potente institución surgida en el mundo anglosajón a finales del siglo XIX. Debido a la naturaleza

abarcatadora del propio concepto de *institución* veremos cómo el análisis de Veblen se extiende hacia los más diversos rasgos de la joven sociedad norteamericana, con el fin de dar cuenta de cada una de las características que acabamos de mencionar.

No obstante, antes de pasar al análisis minucioso de la clase ociosa y con motivo de esclarecer aún más el efecto de los hábitos sobre la racionalidad humana – y por extensión, sobre las acciones particulares de los hombres-, trataré brevemente la cuestión sobre sus límites a partir de la noción de *bounded rationality* propuesta por Herbert Alexander Simon. El modelo de la racionalidad limitada nace precisamente en respuesta al modelo económico neoclásico, que asume que los sujetos humanos en tanto seres racionales son capaces de tomar la mayor parte de las decisiones de acuerdo con el principio de utilidad. La toma de decisiones, según los neoclásicos, se reduce a la racionalidad entendida como un proceso de optimización en el que se tiene en cuenta toda la información disponible. Es decir, la decisión que se tome finalmente será la óptima concorde al cálculo de las diversas opciones a elegir. El modelo *bounded rationality* pone el énfasis en los límites computacionales de las capacidades cognitivas humanas en contraste con la idea de racionalidad perfecta, asumida por los neoclásicos. Ante dichas limitaciones cognitivas, el sujeto toma una decisión según un criterio de satisfacción y no de optimización. ¿Bajo qué condiciones decimos que una decisión es satisfactoria? Simon propone la imagen de una tijera en la que una de sus hojas representa nuestras limitaciones cognitivas, y la otra, las estructuras de nuestro entorno. Una acción es satisfactoria cuando las limitaciones de nuestra mente se compensan con la regularidad estructural de nuestro entorno.

Aquí es donde los hábitos como factor estable del entorno social juegan un papel fundamental en la acción humana. Puesto que nuestras capacidades cognitivas no nos permiten apreciar todos y cada uno de los agentes implicados en la toma de decisiones, podemos recurrir cómodamente a la inercia del hábito para resolver diferentes situaciones. El concepto de la racionalidad limitada pone de manifiesto la dificultad para postular la existencia de comportamientos derivados de decisiones completamente racionales. Consciente de la flaqueza de la racionalidad en términos absolutos, el institucionalismo es capaz de aportar una descripción del entorno social regido por la norma de la costumbre. Efectivamente, muchos de los procesos de formación de creencias y de toma de decisiones se producirán subconscientemente. Los hábitos grupales que sustentan una *institución* aportan la regularidad necesaria para salvar las carencias

computacionales de nuestra cognición. Simon nos está mostrando la dependencia del sujeto económico a su entorno, en concreto a su marco social y cultural proponiendo “a kind of rational behavior that is compatible with the access to information and the computational capacities that are actually possessed by organisms, including man, in the kinds of environments in which such organisms exist”.⁵

1.2. Los orígenes “odiosos” de la clase ociosa.

Para aportar una explicación completa sobre la toma de decisiones en el ámbito de la gestión de la riqueza, una de las principales, si no la principal preocupación de la economía, debemos tener en cuenta el entorno social de los individuos y sus comportamientos en grupo. Si nos proponemos analizar la distribución del poder en una sociedad humana, últimamente relacionado con la capacidad para tomar decisiones, es necesario prestar atención a las normas de comportamiento que rigen una comunidad y que, como ya hemos dejado claro, se sustentan en la costumbre. En muchos casos Veblen dará cuenta de la necesidad de estas normas en cuanto cumplen una función social determinada. La función de los preceptos religiosos, la emulación pecuniaria, las normas del gusto, y otros muchos rasgos de la clase ociosa, muchas veces no es más que garantizar la supervivencia de la institución.

Cabe mencionar que, aunque Veblen realiza una descripción de la clase ociosa a partir del estudio de los modos de vida de la sociedad anglosajona industrial, los orígenes de dicha institución pueden encontrarse ya en el feudalismo. Antes del nacimiento de la clase ociosa como institución moderna, podemos observar en la institución bárbara, que se desarrolla a lo largo de la Edad Media, una división entre una clase trabajadora y una clase acaudalada que puede permitirse el lujo del descanso vitalicio. La clase ociosa americana es hija de la institución bárbara y, como tal, hereda sus rasgos *depredadores*. Muchos de estos rasgos, como Veblen admite, puede que no hayan sido pensados hasta el momento como factores propiamente económicos, pero debido a la naturaleza de la institución y a su lugar central como agente económico, deben ser inevitablemente mencionados⁶. El análisis económico de la clase ociosa es muy cercano al método etnológico y Veblen es consciente de ello. No obstante, la indagación sobre la vida cotidiana, a veces vulgar o comprometida, es el único modo de aportar una teoría

⁵ Simon, Herbert A.: *A behavioral model of rational choice*. The Quarterly Journal of Economics Vol. 69, No. 1, 1955. Págs. 99-118.

⁶ Veblen, Thorstein: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2014. Pág.27.

económica detallada. La clase ociosa instauro a través de sus costumbres un particular sistema económico movilizadopor el instintode emulación. Aparece la necesidad de dar pruebas a través de la descripción de diversos ámbitos cotidianos que sustenten la plausibilidad de dicho instintocomo principio organizador de la vida en sociedad. Aquello a lo que nos referimos aquí por “instinto” puede ser también categorizado bajo nuestra previa definición del *hábito*. Quizá así sea más sencillo desligar la idea naturalista sobre el instintocomo un impulso biológico, de su concepción como un patrón de comportamiento histórico y cultural. Veblen no quiere dar por supuesto que la economía sea un sistema constante. De hecho, caracterizar la economía de esta manera daría la razón a la escuela neoclásica y contradiría la misma noción de la *institución* como un organismo sujeto a la evolución y al cambio. Las cosas no siempre fueron o serán así, al menos no necesariamente, y el instintode emulación no puede naturalizarse. Las instituciones son agentes históricos que pretenden dar cuenta de la motivación de nuestros comportamientos en sociedad. Por ello Veblen necesita realizar un retrato costumbrista de la sociedad en la que vive para mostrar cómo la economía se encuentra de hecho regida y movilizadapor el *hábito* como característica de la vida social.

Los pilares históricos de la clase ociosa son situados por Veblen en la Europa y el Japón feudal, donde ya podemos encontrar una división por clases según el siguiente criterio. En estas sociedades denominadas bárbaras existe una clase exenta de los trabajos industriales. Está compuesta por aquellos que se dedican a las armas, los nobles, y por aquellos que se dedican a la ocupación sacerdotal. Estos empleos son considerados honorables por gozar de la exención industrial. La clase inferior está sujeta al esfuerzo manual, a la necesidad diaria de ganarse la vida. Por el contrario, las únicas actividades que les están permitidas a las clases superiores conformadas por los nobles, el clero y su séquito, son aquellas que no desprestigian su privilegiada posición con el trabajo productivo. De tal modo que solo podrán dedicarse al gobierno, la celebración de ceremonias religiosas, el ejercicio de las armas y el deporte⁷. Estas actividades son las únicas que les están permitidas atendiendo, dice Veblen, a las costumbres y al sentir general de una comunidad. La división del trabajo, una cuestión propiamente económica, tiene lugar en virtud de las regularidades sociales aceptadas por un grupo.

⁷ Veblen, Thorstein: *Op. cit*, Madrid, Alianza Editorial, 2014. Pág. 35.

La aparición de una clase ociosa solo puede darse si hay una previa distinción entre trabajos dignos e indignos. En su origen, esta división de las labores atiende a un elemento de proeza que podemos atribuir a los trabajos dignos, del cual carecen las actividades meramente cotidianas. Podríamos pensar que el símbolo de la proeza no tiene lugar en las sociedades modernas, pero subsiste bajo ciertos prejuicios que nos permiten establecer una jerarquía de los diferentes empleos según su superioridad o inferioridad. Quizá la proeza no sea el rasgo más distintivo de la clase ociosa moderna en tanto que las acciones que requieren de una fuerza extraordinaria no son especialmente valoradas. Sin embargo, sí que puede considerarse como un rasgo predecesor de la actual división entre actividades industriales y no industriales. Dónde pongamos el acento de dicha división o qué hechos sean considerados de un modo u otro, es algo que depende de los intereses particulares de una época. El único elemento que siempre se mantiene es “el hábito de distinguir y clasificar los varios propósitos y direcciones de actividad”⁸. Justamente aquí puede apreciarse el rasgo propiamente evolutivo de las instituciones, sujetas a la transformación de los intereses culturales a través del paso del tiempo. Las bases sobre las que clasificamos las acciones según su importancia para una comunidad son relativas a cierta etapa del desarrollo cultural. Sin embargo, el cambio en el modo en que consideramos las actividades de un grupo es gradual. Esto se refleja en un cambio de las instituciones progresivo, y raramente se da la completa sustitución de un modo de vida por otro. Debido a esto, todavía en las sociedades modernas podemos apreciar con claridad la distinción entre tareas industriales y no industriales, que no es sino una variación del criterio según la proeza y la ocupación cotidiana. Veblen observa en el contexto histórico de la industrialización que la línea divisoria entre las actividades industriales y las que no lo son viene indicada por la relación de los hombres con los bienes naturales. El dominio y la explotación de la naturaleza son los rasgos definatorios de la producción industrial.

Resulta interesante preguntarse sobre el lugar que ocuparía esta división entre las actividades productivas y las no productivas en nuestro momento histórico. Como ya han observado varios pensadores como Foucault o Deleuze, la actividad industrial ya no puede reducirse al espacio de la fábrica en el capitalismo financiero. La inmaterialidad de gran parte de la producción económica de nuestra cultura parece alejarse de la concepción de Veblen del trabajo industrial únicamente como explotación de los recursos naturales.

⁸ Ibid., pág. 41.

En el sistema económico actual nos encontramos con que gran parte de la inversión del capital se encuentra destinada al desarrollo de servicios o avances tecnológicos que tienen más bien poco que ver con la explotación de los recursos naturales. No diríamos que un teleoperador o un vendedor de seguros pertenecen al sector de la industria en el sentido tradicional y, no obstante, sus oficios no parecen estar envueltos en un aura de dignidad. No obstante, sí que parece seguir habiendo una clara diferencia entre el empleado y el empleador. El ideal del sujeto neoliberal es “ser su propio jefe”, esto es, ser el propietario; el que hace las entrevistas y no al que se las hacen. En este sentido, como ya observa Veblen, los hechos particulares de la vida que son considerados en mayor o menor estima dependen de las costumbres propias de cada estadio de la cultura. La línea que divide el sentido de las acciones según su prestigio en nuestra comunidad se mantiene bien firme.

La distinción entre proeza y trabajo indica qué acciones son dignas u honorables y cuáles son humillantes o indignas. El segundo tipo de ocupaciones se relacionan habitualmente con la esclavitud y el servilismo. La idea de la dignidad o la valía de las acciones o conductas propias de un sujeto es una noción central en el desarrollo de las diferentes clases y sus distinciones:

La distinción entre proeza y trabajo ordinario es una distinción de desigualdad denigrante que se establece entre ocupaciones. Aquellas ocupaciones que se clasifican como proezas son dignas, honorables, nobles; las otras ocupaciones que no contienen este elemento de proeza, y especialmente aquellas que implican servidumbre o sumisión, son indignas, denigrantes e innobles. El concepto de dignidad, valía u honor, tal y como son aplicados a las personas o a la conducta, es de primordial importancia en el desarrollo de las clases y en las distinciones de clase.⁹

Veblen explica el fundamento psicológico de la clasificación de los comportamientos en decorosos e indignos del siguiente modo. En tanto que cada sujeto individual es un agente orientado hacia un fin, surge así la idea del “trabajo eficaz”. Una acción es meritoria cuando sirve para algo con arreglo a una finalidad y es inútil o fútil cuando el esfuerzo que conlleva no se ve recompensado. El esfuerzo que no da sus frutos resulta insatisfactorio y es objeto de desprecio y burla. Hay así, una tendencia natural hacia la acción eficaz, de tal modo que los resultados de esta sirven como objeto de comparación entre los agentes. El logro de la actividad útil deviene en un espíritu competitivo, belicoso y odioso entre los hombres. En una sociedad en la que se premia

⁹ Ibid., pág. 47.

este tipo de conducta, el éxito visible se convierte en objeto de deseo de los individuos. En palabras de Veblen, un sujeto es alabado y respetado cuando es capaz de realizar una demostración de eficacia. Un sujeto digno es aquél que puede enseñar un trofeo o botín de guerra, como evidencia de su victoria en la confrontación con el resto. En las sociedades bárbaras la fuerza se muestra, en comparación con el trabajo productivo, como un medio más eficaz para la consecución de cualquier fin relacionado con la supervivencia. Vemos aquí, en la primeriza belicosidad de la cultura depredadora, el origen del descrédito del trabajo industrial. La dignidad y el honor tienen su origen, por tanto, en el espíritu prepotente del bárbaro, que se sustenta en una actitud emuladora. La acción honorable es equivalente a una demostración de fuerza exitosa. De aquí se sigue que el ejercicio de las armas haya estado en una buena porción de la historia asociado a la nobleza y a las clases superiores. El trabajo es la condena del débil, del incapaz, es algo penoso, desagradable y motivo de fastidio. La “fase depredadora” de la cultura se caracteriza por una actitud emuladora habitual, o por un juego competitivo que se convierte en costumbre: “el sentimiento común a la hora de apreciar hombres y cosas ha llegado a ser una apreciación con miras al combate”¹⁰. Cabe notar la influencia del materialismo histórico alemán en Veblen cuando habla de las circunstancias de vida materiales como condición de posibilidad para el sustento de un estilo de vida depredador.

El origen de la propiedad en la cultura bárbara tiene que ver con ese impulso de emulación que promueve la competencia entre individuos. También está relacionado con el significado original de la propiedad como trofeo y evidencia eficaz del triunfo de un hombre victorioso. Veblen, que escribe a finales del siglo XIX, dice lo siguiente al respecto: “Y aunque en las últimas etapas de desarrollo la utilidad de bienes de consumo ha llegado a ser el elemento más decisivo de su valor, la riqueza no ha perdido todavía su utilidad como evidencia honorífica de la prepotencia de quien la posee”.¹¹ Podríamos preguntarnos hasta qué punto la utilidad habría sido reemplazada en parte por la vanidad de poseer un trofeo en los siglos posteriores. Recordemos las políticas de publicidad de masas impulsadas por Edward Bernays¹² a lo largo del siglo XX, que rechazan en el ámbito de la mercadotecnia la concepción del deseo de un bien por su utilidad racional,

¹⁰ Ibid., pág. 51.

¹¹ Ibid., pág. 56.

¹² Edward Bernays (1891-1995) fue un publicista mayormente reconocido por la invención de la teoría de la propaganda y las relaciones públicas. Recibiendo la influencia de su tío Freud, aplicó las teorías del inconsciente al ámbito de la publicidad de masas.

y la sustituyen por una publicidad basada en el elemento irracional e impulsivo del gran público. Estas ideas, derivadas de las teorías freudianas del inconsciente, dan lugar a una publicidad cuyo objetivo consiste más en despertar ciertas emociones en el consumidor, que en tratar de convencerle de la compra de un artículo por su utilidad general. Hoy en día podemos pensar en varios ejemplos de productos cuyo valor es proporcional a su exclusividad. Precisamente aquí observamos una fuerte similitud entre ciertos productos exclusivos y los trofeos de los que nos habla Veblen, poniendo de manifiesto el resurgir de la propiedad en términos honoríficos igualando, si no eclipsando, a la mercancía útil. El móvil que subyace a la acumulación de la riqueza no es la mera subsistencia como han pensado algunos clásicos, sino la comparación odiosa entre el que posee la riqueza y el que no. Puede que el móvil de la propiedad privada sea hoy en día, en ciertos casos de pobreza, la mera subsistencia, sin embargo, como ya hemos visto, el verdadero origen de la propiedad se establece con la riqueza exhibida como botín tras la victoria. Cuando asistimos a la organización del trabajo en base a la propiedad privada, se genera un entorno industrial en el que la rivalidad florece entre los propios miembros de una comunidad. La agresión física de los bárbaros se sustituye por la “agresión industrial” que ejerce el propietario sobre los demás. La propiedad se convierte así en el objeto convencional de reconocimiento, estima y prestigio.

La actividad depredadora se reemplaza a través de la industria, y la riqueza pasa a cumplir la función del trofeo. La reputación se basa en el grado de acumulación de la propiedad. El móvil de la clase ociosa es el impulso de emulación, que surge del malestar que causa el desprestigio del pobre. Aquel que quiera ocupar un lugar decente en la sociedad tiene que poseer un mínimo de riqueza que lo sitúan en el nivel convencional. Aquellos miembros que no cumplen con este requisito mínimo son despreciados y su autoestima sufre, “ya que normalmente basamos nuestra autoestima en los criterios establecidos por nuestros propios vecinos”. Pocos son los que se salvan del malestar que produce en uno el desprecio de la comunidad. La riqueza como objeto de reconocimiento popular, hace que esta se convierta también en el requisito para el respeto por uno mismo. En cualquier sociedad con un estándar mínimo de riqueza es necesario pertenecer como poco a este grupo para vivir tranquilo con los demás y con uno mismo. Lograr poseer un poco más de riqueza que el grupo al que pertenecemos provocará un profundo bienestar en uno mismo en un principio, hasta que nos acostumbremos a nuestro nuevo nivel de riqueza y tendamos a desear el superior. Cualquier individuo que no se aproxime al nivel

de riqueza normal de una sociedad será asaltado por un descontento crónico, que solo se desvanecerá cuando se salve esta distancia. Una vez se logre una posición igual a la del resto del grupo, el individuo volverá a padecer este descontento provocado por “un esfuerzo incansable por distanciarse pecuniariamente de este nivel normal”¹³. Por tanto, el motor de la clase ociosa consiste en un deseo insaciable e inagotable por obtener un grado mayor de riqueza para destacar sobre el prójimo. Como veíamos más arriba, el móvil principal de la acción humana es el esfuerzo útil frente a la acción que no reporta beneficios. Bajo el régimen industrial, el modo de demostrar ante los demás la eficacia de la acción propia es la acumulación de bienes. El éxito, que se logra a través de la comparación odiosa entre individuos es móvil de la acción humana. Puesto que el éxito en la clase ociosa se identifica con el triunfo pecuniario, los individuos serán valorados con respecto a su nivel de riqueza. Por tanto, afirmamos con Veblen que hay en el hombre una tendencia a verse reflejado en el vecino, surgiendo así una necesidad por tener como mínimo una vida tan digna como el prójimo, y si es posible, superior en la posesión de bienes y riqueza:

El móvil que subyace en la raíz de la propiedad es la emulación; y ese mismo móvil de emulación continúa activo en el desarrollo posterior de la institución a la que ha dado lugar y en el desarrollo de todos esos elementos de la estructura social que son afectados por esa institución de la propiedad. La posesión de riqueza confiere honor; da lugar a una distinción odiosa para el que no posee tal riqueza. Nada que tenga una igual coherencia puede decirse para explicar el consumo de bienes; ninguna otra explicación puede darse para el incentivo de adquirir cosas, especialmente para el incentivo de acumular riqueza.¹⁴

1.3. El ocio y el consumo ostensibles.

El principal medio del que disponen los individuos para exhibir su nivel pecuniario de vida en las sociedades industriales es el *ocio ostensible*. Como ya se ha dicho, en el estilo de vida bárbaro el trabajo es visto como un medio de vida denigrante, de tal modo que las clases altas se abstienen de la realización de trabajos productivos. La sola posesión de riqueza no es suficiente, pues debe ser acompañada de una demostración pública del poder adquisitivo. Aquí el ocio, además de cumplir esta función exhibitoria contribuye también a la perpetuación del instinto de emulación. Esto ocurre en la medida

¹³ Ibid., pág. 63.

¹⁴ Ibid., pág. 58.

en que alguien que se ve obligado a renunciar a cierta actividad ociosa sentirá que su posición se ve mermada. Del mismo modo, siempre que se pueda disponer de más tiempo para el ocio que el habitual, la tendencia del agente económico será aspirar al escalafón superior.

El rasgo distintivo de la clase ociosa es una ostensible desocupación con respecto al trabajo productivo. Los bienes que se obtienen de las formas no productivas de consumir el tiempo están relacionados con propiedades intelectuales o artísticas, en cierto modo intangibles. Del mismo modo, el disponer de siervos que se ocupen de las tareas más humillantes del hogar, es otro modo de demostrar el desprecio por las ocupaciones cotidianas. El papel de las esposas y los siervos de más alto rango ha sido en el caso de las familias más poderosas, dice Veblen, el de establecer una forma de ocio vicario. Este conjunto de personas formaría una clase ociosa subsidiaria destinada, una vez más, a evidenciar el poder del “propietario”. No siendo suficiente con la ostentación ociosa del amo, este se ve obligado a crear esa clase vicaria que amplía aún más el prestigio de la clase ociosa primaria o legítima. Si el amo, además de poder abstenerse del trabajo productivo él mismo, puede extender su ociosidad a su séquito esto será visto con buenos ojos.

Sin embargo, el ocio de la clase servil no es su propio ocio, sino que está dirigido a fomentar el bienestar social del amo. El siervo, además de mostrar una actitud servicial hacia su amo, deberá conocer toda una serie de normas y protocolos que demuestren sus aptitudes. No es suficiente con que el siervo cumpla los deseos de su amo de cualquier manera, sino que se le exige que atienda a las peticiones de la forma debida. En la medida en que las buenas formas predominan sobre la efectividad material del cuerpo de sirvientes, la función de este séquito vicario es más aparente que mecánica. Además, cuanto mejor estén preparados los siervos y mejor desempeñen su función, esto será una prueba evidente de la disponibilidad del amo para ocuparse de su educación y, por tanto, de la improductividad del amo y su no-implicación con respecto a tareas industriales.

El ocio ostensible está, a su vez, íntimamente ligado al consumo ostensible. La clase ociosa no solo dispone del poder suficiente para emplear su tiempo en tareas no productivas, sino que también se regodea en el consumo por encima del mínimo requerido para la subsistencia. Los artículos de lujo consumidos por la clase ociosa son vistos como una evidencia de la riqueza que se dispone. De este modo podemos hablar de un consumo honorable, que va ligado a cierta responsabilidad por parte del caballero ocioso. Este debe

ser capaz de distinguir entre los bienes nobles e innobles de consumo, a través del cultivo de una capacidad estética que le indique de qué modo debe consumir apropiadamente. Además de tener un conocimiento adecuado sobre los bienes que le corresponden por su distinguido *status*, el caballero ocioso encuentra otros modos para consumir ostensiblemente. Los regalos y la organización de fiestas y espectáculos son dos medios posibles para hacer notar su propia opulencia.

El elemento en común entre el ocio y el consumo ostensibles es el derroche, ya sea a través del malgasto de tiempo o del despilfarro pecuniario. Veblen observa que, en la actualidad el rasgo preponderante es el derroche de dinero, por encima del derroche de tiempo. Esto es así debido a una cuestión de utilidad. Cuanto más grandes son los grupos humanos, menos atención se pone en la vida particular de un individuo. El consumo ostensible resulta mucho más llamativo a corto plazo que el ocio, y puede identificarse al individuo prestigioso con mayor rapidez y facilidad. Sobre todo en las urbes, donde uno se expone a un gran número de desconocidos durante breves periodos de tiempo, el consumo ostensible se vuelve un método altamente eficaz. Este canon de prestigio se observa en numerosas prácticas de la vida en la ciudad. Veblen menciona la costumbre de invitar a los amigos a copas, como un ejemplo de la proclividad humana a la ostentación. Aquello que impulsa al compañero de trabajo a comportarse de esta manera, coincide con la motivación del “millonario americano a dar fondos para universidades, hospitales y museos”¹⁵. Sucede en ocasiones que la norma del consumo conforme a la opulencia se confunde con otros aspectos de la vida que parecen totalmente desvinculados de las dinámicas pecuniarias. Nos referimos a ciertos ámbitos de la vida social como la moral, la estética o las actividades intelectuales. En ocasiones estos ámbitos que también sirven como criterio para la comparación odiosa entre individuos parecen desvincularse del funcionamiento pecuniario de la vida. De hecho, las comparaciones según ideales morales, estéticos, etc., está presente de manera extraordinaria hoy en día. Veblen apunta que tales formas de valoración de los individuos están inseparablemente ligados a la comparación pecuniaria. En concreto, las disputas intelectuales o estéticas con frecuencia son expresiones de poder pecuniario.

Cabe decir que Veblen despoja al término “derroche” de sus connotaciones peyorativas, habituales en su uso cotidiano. En el análisis económico el derroche no es

¹⁵ Ibid., pág. 122.

visto negativamente como un ilegítimo despilfarro de costes humanos y materiales. Todos los gastos son igualmente legítimos dentro de la teoría económica. Le llamamos derroche “porque ese gasto no favorece la vida humana ni el bienestar humano en general, no porque sea una pérdida o una equivocación de esfuerzo o de gasto desde el punto de vista del consumidor individual que lo elige”¹⁶. Cualquier forma de gasto resulta útil para el consumidor que la elige en virtud de haberla preferido. Vemos en el análisis de Veblen una distancia crítica con respecto a su objeto de estudio: la clase ociosa. En ningún momento se ha hecho una valoración en términos morales de las distinciones de clase, ni se ha tomado postura con respecto a unos u otros. Como diría en cierta ocasión el economista canadiense John K. Galbraith¹⁷ “su corazón no latía por el proletariado ni por los oprimidos y los pobres”. Si bien Veblen adopta en ocasiones un tono satírico al ejemplificar las costumbres de las élites, creo que su crítica va dirigida a lo que llamamos *homo oeconomicus*, en general. Como hemos ido explicando, el instinto de emulación y las comparaciones odiosas son rasgos que podemos hallar en cualquier individuo perteneciente a la “cultura bárbara”. Incluso entre los pobres o las clases más bajas encontramos los mismos impulsos competitivos y la misma actitud odiosa, solo que adaptada a sus posibilidades económicas. Veblen no concede un privilegio moral o algún tipo de superioridad similar a los desfavorecidos económicamente, así como tampoco se la concede a las clases superiores. El análisis institucional no responsabiliza al sujeto del comportamiento del grupo al que pertenece, por lo que podemos imaginarnos que cualquier individuo elegido aleatoriamente actuaría de un modo similar bajo las constricciones de una misma institución. Estas constricciones tienen la forma de hábitos que pueden observarse en la misma raíz de los fundamentos de una sociedad. Tales hábitos, son en la cultura bárbara los que ya hemos descrito, y se cristalizan de modo peculiar en la clase ociosa. No obstante, podríamos decir que el motor de la clase ociosa, la comparación odiosa, es el mismo para toda la cultura bárbara independientemente de la clase.

¹⁶ Ibid., pág. 129.

¹⁷ John K. Galbraith (1908-2006) fue discípulo y continuador de la escuela institucionalista americana. Centró sus intereses en el estudio de la relación entre diversas instituciones, por ejemplo, entre los oligopolios y el gasto gubernamental y militar.

2. ¿Cómo sobreviven las instituciones?: Evolucionismo económico

2.1. La influencia de la biología en el concepto de *institución*.

La propuesta de un enfoque evolucionista de la economía en Veblen sienta sus bases en las teorías de Charles Darwin y Herbert Spencer, al mismo tiempo que surge como respuesta ante la escuela económica marginalista. De modo introductorio, describiremos brevemente las principales características de la teoría de la utilidad marginalista con motivo de comprender de modo más exhaustivo la contrargumentación de Veblen. En primer lugar, debemos atender a la explicación que los marginalistas dan sobre el consumo según el principio del cálculo hedonista. Para el marginalista, el hombre, en tanto ser económico, toma las decisiones que tienen que ver con su vida material de acuerdo con un cálculo en busca de la mayor utilidad. Aquí, el concepto de *utilidad* es una herencia de Bentham y de Stuart Mill, en tanto que se asocia a un cálculo hedonista, relacionado con la búsqueda del mayor placer a cambio del menor esfuerzo. Este cálculo de posibilidades cuya finalidad es la maximización del placer frente al esfuerzo, sirve a los marginalistas como un postulado teórico estable en términos de explicación del funcionamiento económico. Podemos estudiar la conducta del sujeto económico de manera uniforme atendiendo únicamente al principio del cálculo hedonista. El desempeño de cualquier persona en la sociedad tendrá lugar conforme a dicho principio. El marginalismo, además de caracterizarse por el principio del cálculo hedonista, también va ligado a cierta concepción del desarrollo económico de las sociedades como un proceso teleológico, cuyo fin es el balance del mercado. Puesto que el principio del cálculo hedonista presupone la igualdad en términos racionales de todos los sujetos, presupone también que sus decisiones siempre serán las mismas. En el caso de que las expectativas racionales sean iguales para todos los sujetos, la sociedad en su conjunto tenderá por necesidad hacia un equilibrio económico. Esta visión optimista del desarrollo de la economía se sigue de la tradición neoclásica y su estudio de esta en

términos de leyes naturales. Se tiene la esperanza de poder predecir el comportamiento económico una vez se conozcan las leyes que rigen el mercado y que, en el caso del marginalismo, son aquellas que tienen que ver con el cálculo racional de los placeres¹⁸. En esta situación que se describe, la institución pierde todo el protagonismo frente a un sistema teórico cerrado que pone el acento en una tendencia económica natural y, por tanto, también predecible y calculable. Veblen observa que una visión económica con estos rasgos ignora por completo todos los componentes culturales que de hecho modifican e influyen en el desarrollo del mercado. Del mismo modo critica a los marginalistas por poseer un espíritu investigador mermado, que ignora todos aquellos fenómenos institucionales que tienen un efecto en la vida económica de los individuos.

Efectivamente, desde la visión estática de la realidad que plantea el marginalismo parece difícil evaluarla en términos dinámicos o evolutivos. Como ya hemos hecho ver en el apartado anterior, la propuesta económica de Veblen siempre gira en torno a un planteamiento de un marco teórico mucho más amplio, que comprende la riqueza de los rasgos culturales, sociales, históricos e incluso biológicos en relación con el sujeto económico. La preocupación de Veblen por integrar todas estas cuestiones bajo una perspectiva económica tiene lugar en un momento histórico de reconsideración de las ciencias sociales bajo la influencia de las ciencias naturales. En aquél entonces se produce en Norteamérica una rebelión contra el pensamiento formalista, que ignora activamente cualquier consideración cultural o histórica. Bajo estas circunstancias, Veblen pone en marcha una reformulación de la teoría económica atendiendo a sus raíces biológica y socioculturales. Debido a la naturaleza cambiante de las dos últimas, la teoría institucionalista acierta en su modo de abordar la economía como un fenómeno cambiante y evolutivo. También podemos notar la influencia de los conocimientos de biología de la época en el lenguaje de Veblen, que emplea términos ya mencionados como “hábito”, “instinto” o “depredador”.

Cabe advertir que Veblen no reduce en términos naturalistas a la totalidad de la acción humana. La biología y los procesos de adaptación selectiva juegan un papel crucial en la vida de los hombres, pero también se tienen en cuenta sus capacidades reflexivas y racionales, que en combinación con los primeros dan lugar a nuestras acciones. Por tanto,

¹⁸ Barañano, M: *Veblen. Del marginalismo a la economía institucionalista*. Madrid, UCM, 1994.

se da un distanciamiento con respecto a la racionalidad de maximización propia del marginalismo para dar paso a una racionalidad adaptativa que responde a las necesidades del grupo, que a su vez tienen un gran fondo biológico. La *institución* comprende aquí ese doble cariz, por una parte obedece a la naturaleza instintiva de los seres humanos y, por otra, constituye la base para un modo particular de pensar la realidad. Recordemos el modo en que se refiere Veblen a los instintos -ya sean de emulación u otros- como principios constituyentes de la institución de la clase ociosa. Ciertos instintos, perpetuados o reforzados a través de un marco institucional, dan lugar a los modos de pensamiento de cierta clase. La institución cumple una función de conservación cultural de las generaciones pasadas al mismo tiempo que se ve modificada por los cambios introducidos por las generaciones presentes. Principalmente, para Veblen, es imposible ignorar la influencia que suponen las instituciones en la toma de decisiones, y en tanto que las primeras obedecen a esas necesidades adaptativas que ya mencionábamos, las decisiones también responden en cierta medida a dichas necesidades. Tanto la evolución material como las pulsiones instintivas tienen una gran influencia en el entramado de instituciones que se van generando a lo largo de la historia¹⁹. Efectivamente, la institución de la clase ociosa tiene ese trasfondo odioso y bárbaro, pero esto no impide una inclinación de los hombres hacia el trabajo o la conservación del grupo. Bien sea por la necesidad de compararnos o por la de sobrevivir, lo cierto es que necesitamos un marco de referencia colectivo para desarrollarnos. La comparación odiosa entre individuos es la marca de agua que lleva la institución ociosa y, en este sentido, constituye el suelo sobre el que se asienta gran parte de su personalidad. La estima en que uno se tiene a sí mismo depende de la conducta individual en comparación con las expectativas del grupo. Recordemos el modo en que aquellas acciones que se consideraban honorables lo eran en virtud de la aprobación colectiva. Poco tiene que ver todo esto con aquel principio de cálculo hedonístico marginalista que ya parece quedar tan atrás.

2.2. Dinamismo y selección natural en el sistema institucional.

Podemos distinguir, siguiendo el análisis que realiza Karl L. Anderson de la obra de Veblen, tres nociones básicas que vendrían a esclarecer su enfoque evolucionista²⁰. En primer lugar, el comportamiento humano está dirigido fundamentalmente por *instintos* que dan lugar a acciones o decisiones de naturaleza dinámica. En segundo lugar, dicho

¹⁹ Ibid.

²⁰ Quarterly Journal of Economics 1932-33, pág. 618.

comportamiento se encuentra gobernado de manera más específica por las *instituciones*. Y, por último, estas instituciones analizadas bajo el transcurso de la historia están sometidas a un *cambio* lento pero constante. Las instituciones son, por tanto, entidades históricas que comprenden bajo su dominio ciertos patrones de comportamiento instintivo sujetos al cambio.

Los instintos pueden reforzar algunos de los hábitos que caracterizan a una cierta institución. El hecho de que Veblen ponga el énfasis en propiedades compartidas por la sociedad en su conjunto permite distanciarnos del individuo como foco teórico. Una manera de comprender la realidad psicológica y cultural que pone, menos atención en los propósitos particulares del sujeto, y más en la estructura cognitivo-cultural, permite examinar la naturaleza de los instintos como resultado de una interacción multifactorial entre la biología, la psicología y la cultura²¹. Los factores biológicos y psicológicos como sustento de la acción instintiva se dan potencialmente en el conjunto de la especie humana, mientras que el entorno cultural juega un papel decisivo en el desarrollo o la merma de cada instinto en la sociedad. Veblen se preocupa en concreto por aquellos instintos sociales que pueden apreciarse en un estudio macroscópico de la sociedad. Tanto el instinto del “trabajo bien hecho”, como el instinto de la emulación depredadora, son observables en el conjunto de la cultura bárbara, y se postulan como fuerzas absolutas o generales dentro de un estadio de la cultura. El instinto del trabajo eficaz es positivo en tanto busca la eficiencia del trabajo productivo de los hombres. Hay otros instintos positivos en este sentido como el instinto de la curiosidad ociosa. Veblen define este instinto como aquél que da lugar a uno de los rasgos más definatorios de la especie humana, la acumulación y sistematización de nuestro conocimiento sobre las cosas. Como contrapartida tenemos los instintos de comparación y competición pecuniaria, que nos llevan a preferir el máximo nivel de vida posible bajo cada circunstancia, además de desencadenar otros fenómenos ya descritos, como el derroche ostensible. Como podemos imaginar, bajo un marco institucional-cultural no resulta acertado pensar en cada uno de los instintos como elementos independientes, sino más bien como variables en constante relación e interferencia. De hecho, Veblen postula una cierta dialéctica constante entre los instintos de conservación y depredación en la que, dependiendo del predominio de

²¹ O’Hara, P. A: *The Contemporary Relevance of Thorstein Veblen’s Institutional-Evolutionary Political Economy*. Australia, Routledge, 2002.

unos u otros, la evolución de una sociedad adoptará carices diferentes. De tal modo que, si en un momento evolutivo sobresalen los instintos que hemos llamado positivos, el nivel de vida general de una sociedad tendrá a la mejora, mientras que, si predominan los negativos, la calidad de vida general se verá perjudicada. En el caso de que ambos tipos se encuentren en equilibrio, se conservará el *status quo* de la comunidad²². Sin embargo, la influencia de los instintos sobre el comportamiento humano no es unidireccional, sino que nos encontramos con diversos procesos de retroalimentación entre los instintos, los hábitos, las instituciones y nuestro comportamiento. Veblen no toma una postura reduccionista en este sentido, sino que contempla una explicación más compleja de la relación entre los comportamientos colectivos y el razonamiento consciente. Es interesante remarcar que, en términos generales, la postura de Veblen acerca de la influencia de los instintos en la cultura y viceversa, coincide con las investigaciones más actuales en psicología. Muchos de los institucionalistas posteriores a Veblen descartarían de su sistema todas las cuestiones referentes a los instintos por considerarlas ya obsoletas, pero hoy podemos volver con cautela a redescubrir estas nociones desde un interés respaldado por la ciencia.²³

Con lo que respecta al individuo, Veblen creía que su acción se dirigía de la siguiente manera. En un nivel micro, los instintos actúan como un desencadenante de cierto tipo de acción. A su vez, dichos instintos son moldeados y reformados bajo ciertos patrones de conducta o hábitos inherentes al grupo y, por último, las decisiones que toma el sujeto se dan de acuerdo a sus propios fines, establecidos racionalmente por él mismo, que canalizan cada hábito de un modo en particular. De este modo, si bien se deja cierto margen a una comprensión autotélica del individuo, vemos lo restringida y limitada que esta se halla por diversas influencias culturales, biológicas y psicológicas. El evolucionismo económico no comparte, para Veblen, esta propiedad teleológica o finalista, promoviendo una visión de la realidad económica no lineal o no-direccional²⁴. Es decir, los propósitos individuales tienen una influencia casi nula sobre los cambios sistemáticos a gran escala. Desde el evolucionismo socioeconómico de Veblen, la cultura

²² Ibid., pág. 4.

²³ Algunos de los científicos más influyentes en el área de la psicología evolucionista y la sociobiología actualmente son Desmond Morris, Richard Dawkins, Daniel Dennett o Steven Pinker.

²⁴ Este tipo de idea la desarrolla posteriormente Friedrich Hayek, quien también habla de un orden económico espontáneo y no finalista. Además, en una línea similar de pensamiento, Karl Popper en *La sociedad abierta y sus enemigos* critica las teorías historicistas teleológicas, según las cuales, la historia se halla determinada por leyes universales.

en su conjunto es un sistema indeterminado y complejo sujeto a múltiples procesos en constante relación e interacción. La evolución de las instituciones puede verse afectada directamente por sujetos individuales solo en términos cuantitativos, pero nunca cualitativos.

Veblen trató de explicar, a través del análisis de las instituciones y los instintos, los procesos evolutivos de la economía, en concreto del capitalismo. Encontramos en sus obras principales una constante representación dinámica de la economía, siempre cambiante, sujeta a dinámicas cíclicas y a transformaciones de diversos tipos. Podemos apreciar ya en la *Teoría de la clase ociosa* esa lectura evolutiva de las sociedades, partiendo de los estadios pacíficos de la especie humana, pasando por los orígenes de la cultura bárbara, hasta llegar a la presente sociedad del consumo ostensible y el negocio. Dejando aflorar en él las influencias de Darwin y Spencer, Veblen concibe la evolución económica como un proceso de selección natural de las instituciones más aptas. Aquellos patrones de comportamiento que mejor se adaptan a las necesidades de la especie tenderían a conservarse y a evolucionar, mientras que aquellos que resultaran obsoletos tenderían a su desaparición con el paso de los años²⁵. La institución se concibe como un organismo sujeto al cambio constante que, al mismo tiempo, tiene un efecto directo en la evolución de los hábitos de una cultura. La manera en que los individuos actúan se ve afectada por diversos tipos de aprendizaje y transformación de sus hábitos, teniendo un impacto sobre las condiciones socioculturales de la comunidad. Existen varias razones por las cuales el sistema económico tiende hacia este permanente estado de metamorfosis, entre las cuales destacan la introducción de novedades en el sistema a través de la experimentación, y las luchas constantes entre diferentes clases y grupos. Como decíamos arriba, estas alteraciones del sistema no forman parte de un proceso teleológico, sino que más bien ocurren por una suerte de ciega necesidad.

2.3. Crisis y conservadurismo en el sistema institucional.

A pesar de todo su dinamismo y fluctuación, hay ciertos aspectos del sistema que salen bien parados en este proceso selectivo y logran perpetuarse a través de las generaciones. Dichos aspectos acaban ocupando una posición privilegiada con respecto a otros, y de esta manera son protegidos. Este perpetuo conflicto entre las diversas partes

²⁵ Podemos observar un desarrollo de estos postulados en la obra de Richard Dawkins y en su teoría del meme, popularizada a través de su obra *El gen egoísta*.

del sistema se refleja en un desequilibrio económico y social difícilmente comprensible desde los armónicos sistemas marginalistas y neoclásicos. Por ello Veblen le adscribe a su teoría institucional este rasgo evolutivo y, en consecuencia, nos sitúa frente a un colosal sistema sujeto a cambios inesperados, transformaciones repentinas y una deriva más bien incierta. Veblen adopta conscientemente el lenguaje de la biología evolutiva empleando términos como selección, adaptación o variación. Ciertas tendencias económicas, culturales y sociales resultan absurdas y contradictorias desde aquellas teorías que postulaban la propensión natural del sistema a un estado de equilibrio. Veblen, sin embargo, se mostraba especialmente preocupado por los aspectos contradictorios del sistema económico capitalista y por su inestabilidad inherente, así como por sus períodos de crisis. Estos períodos de inestabilidad o crisis profunda fueron explicados por Veblen a partir de la noción de la *causalidad acumulativa y circular*. Esta hace referencia a la relación de dependencia recíproca entre la oferta y la demanda, de tal modo que, si aumenta la demanda, probablemente se da también un crecimiento de la inversión en mercados novedosos y una bajada de los precios, es decir, una expansión del mercado. Veblen se refiere a esta tendencia constante al crecimiento del mercado como un proceso acumulativo. Sin embargo, también es consciente de que estas expansiones económicas a gran escala, si no se acompañan con un crecimiento simultáneo de los salarios o del mercado mundial, pueden desencadenar grandes crisis como efecto de la superproducción. De este movimiento dialéctico entre momentos prósperos y etapas críticas, surge la *circularidad* mencionada. La idea de un desarrollo no teleológico de la economía y el rechazo de la tendencia del mercado al equilibrio sería desarrollada posteriormente, en los años 20, por Joseph Schumpeter. También será un pensamiento central para todo el liberalismo contemporáneo, como podemos observar en el postulado del “orden espontáneo” que propone Hayek.

Hasta este punto, nos hemos centrado sobre todo en el dinamismo social y económico tan difícil de explicar desde el corpus neoclásico, pero los cambios son muy lentos y progresivos. La historia del desarrollo de las sociedades, como veremos a continuación, consiste primordialmente, al contrario de lo que podría parecer, en la conservación y no en la transformación. En gran medida, las instituciones actúan también como mecanismos conservadores, en tanto preservan las variaciones más ventajosas. Veblen no duda en concebir la vida social de los hombres como una lucha por la supervivencia y, por tanto, como un proceso de adaptación selectiva. De modo que, las

instituciones también se encuentran sometidas a este proceso de selección natural. De manera general, podríamos decir que las instituciones se hallan siempre en una lucha contra las propias condiciones materiales y culturales en cada momento histórico. La institución, en tanto mecanismo de conservación de los hábitos más aptos, siempre va uno o más pasos por detrás que la propia comunidad y sus necesidades. Las fuerzas que guían el desarrollo de la cultura, afirma Veblen, son reductibles a formas de tipo biológico y material. No obstante, se le otorga al sujeto una capacidad de adaptación más o menos variable, y que atiende a los mecanismos de conservación de las variaciones más favorables. Este proceso selectivo puede ser comprendido como “una conservación selectiva de tipos étnicos”²⁶. Dada cierta variedad de hábitos que rigen el comportamiento de un grupo, aquellos que resulten más persistentes o estables accederán a una posición de dominio frente a aquellos que ofrezcan menos ventajas en el desarrollo de la vida o se muestren más débiles en esta lucha permanente. De aquí se sigue que, en una cultura en la que varias instituciones entran en pugna por una posición dominante, aquella que mejor se adapte al contexto en ese momento tendrá una mayor probabilidad de sobrevivir. El tipo de carácter que posea aquel hombre que pertenece a una institución dominante será el valor de referencia para perpetuarla y reformarla. Veblen aborda los procesos de selección cultural desde diferentes perspectivas macro y micro, pero insiste en que estos se dan, a grandes rasgos, tanto en el nivel general de una población, como en los modos de vida específicos de un grupo más reducido. Se tienen en cuenta dos elementos que posibilitan la supervivencia de una institución: la estabilidad del temperamento característico de la misma y la capacidad de dicho temperamento para salvar las adversidades que van apareciendo a lo largo del tiempo. Las instituciones son modos estables de pensamiento, compartidos por un grupo de amplitud variable, que afectan al desarrollo de la vida colectiva e individual. En ese nivel macro que hemos mencionado, Veblen describe el esquema de vida general, formado por el conjunto de las instituciones, como “una común actitud de espíritu o una común teoría de la vida”²⁷. Esta actitud espiritual es reducible al carácter general de una cultura. Las instituciones cumplen una función de transmisión al trasladar este carácter de unas generaciones a otras. Cualquier institución proviene de un pasado exitoso, en la medida en que consigue que ciertos hábitos de pensamiento perduren a lo largo del tiempo. El problema de dichos procesos

²⁶ Veblen, Thorstein: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2014. Pág. 219.

²⁷ *Ibid.*, pág. 220.

de conservación de rasgos arcaicos es que nunca están lo suficientemente adaptados a las circunstancias del momento presente. La comunidad se encuentra en una remodelación permanente de sus estructuras de pensamiento y de sus condiciones de vida materiales, impidiendo que las instituciones adquieran una naturaleza fija o definida. Cada cambio efectivo que se da en las condiciones de vida de una comunidad exige un nuevo proceso de adaptación. Dicho proceso culmina en un nuevo carácter que da lugar a nuevos cambios en la situación vital de la comunidad, que exigen nuevas adaptaciones. De este modo, se da un proceso cíclico de adaptación indefinido. La herencia de hábitos de pensamiento pasados que todavía hoy perduran, es algo completamente natural en este ciclo. Hasta que las condiciones materiales de vida no fuerzan un nuevo cambio de estos hábitos, predomina un carácter conservador, de “inercia social” e “inercia psicológica”. El avance económico-social es, por tanto, un constante proceso de adaptación de las relaciones internas a las relaciones externas. La adaptación nunca llega a ser óptima, pues las relaciones externas se ven progresivamente modificadas por las internas. Cualquier cambio que se produzca en los hábitos tradicionales de pensamiento será siempre a destiempo a ojos de los individuos, pues en todo caso surge como respuesta ante un estímulo de los cambios externos. Solo cuando las condiciones externas hacen insostenible cierto carácter de la cultura este cambia. Aquellas clases que se hallen más resguardadas de las influencias y exigencias del medio tenderán a ser más conservadoras, protegiéndose del cambio y aprovechándose de la comodidad que ofrecen los hábitos de pensamiento estables.

El tipo de exigencias materiales que afectan a las sociedades modernas son principalmente de orden pecuniario. Por ello, es entendible que las clases que tengan satisfechas este tipo de necesidades tiendan a conservar el *status quo* de su propio grupo. La clase ociosa se encuentra en esta posición privilegiada en la que apenas llega a percibir los cambios que se dan en el nivel material de la vida. Sin embargo, a medida que el sujeto económico esté más próximo a la pobreza o más lejos del ideal mínimo de vida digna, este aceptará con mayor ánimo nuevos esquemas de vida y nuevas normas que le permitan escapar de su situación deshonrosa actual. Los reajustes institucionales de los que aquí se habla afectan en mayor medida a las opiniones de los hombres acerca de lo bueno y lo justo. Los cambios de actitud frente a estos valores éticos vendrán dados por presiones pecuniarias. La posición de privilegio de la clase ociosa explica su resistencia al progreso moral y a la transformación de las formas de vida, pues no siente la necesidad de

responder ante reajuste de la situación material. La clase ociosa es conservadora por naturaleza, ya que las exigencias económicas de la comunidad en general apenas son percibidas por sus miembros. Su vida no corre ningún riesgo si no cambian sus hábitos arcaicos de pensamiento. Es más, la clase ociosa tiende a realizar un esfuerzo en el sentido contrario a la tendencia general del progreso material e industrial, que se refleja en su aferramiento activo a las formas obsoletas del pensamiento. Veblen reconoce que su percepción de la clase ociosa como un mecanismo conservador es una opinión de carácter general. Sin ningún rudimento teórico previo suele atribuirse a la clase rica este conservadurismo cultural. Sin embargo, la explicación para este conservadurismo suele ser que existe entre los ricos algún tipo indigno de interés creado sobre su posición privilegiada. De nuevo, en este punto del desarrollo teórico de Veblen, podemos apreciar su imparcialidad política o ética con respecto a la manera en que concibe a la clase ociosa. La explicación del conservadurismo de la clase ociosa “no imputa ningún motivo indigno”²⁸, sino que más bien es una reacción instintiva contra el cambio repentino de las estructuras y los hábitos de vida, que siempre resulta molesto. El espíritu conservador de la clase ociosa no descansa en un cálculo interesado de los privilegios materiales, simplemente se da como respuesta ante la poca exposición de los ricos ante “la fuerza de las circunstancias”. La clase ociosa no realiza ningún cambio en sus estructuras de pensamiento habituales simplemente porque no se ve obligada a ello, al contrario que el resto de los hombres. El conservadurismo, por ser una característica perteneciente de manera exclusiva a la clase ociosa y un rasgo tan evidente, se convierte incluso en un signo de honorabilidad entre sus miembros. La contraparte de la exaltación del conservadurismo es el rechazo a la innovación.

2.4. La reformulación vebleniana de las ciencias económicas.

Dentro de la comprensión evolucionista de las instituciones, el contenido de los hábitos de pensamiento resulta menos relevante que el modo en que estos se relacionan entre sí y con el medio. Los principios económicos, según las escuelas económicas ortodoxas, podían ser evaluados en términos de validez objetiva. Desde el enfoque evolucionista no se pretende encontrar esa estabilidad matemática perfecta, pues se asume que las ideas y las formas habituales de pensamiento podrían ser válidas en un tiempo y resultar obsoletas en otro. A través de los principios de transformación y de conservación,

²⁸ Ibid., pág. 229.

hemos visto cómo la validez de una institución depende en último lugar de su capacidad de adaptación a su contexto histórico-material. Al igual que el resto de los organismos, los pensamientos tienen una vida limitada y, por esto, no tiene sentido tratar de determinar lógica o empíricamente su validez dentro de una sociedad.

La principal contribución de Veblen a la economía es, en conclusión, la introducción de la posibilidad de concebirla como una doctrina libre de limitaciones estáticas, teleológicas e individualistas, tan características de la economía *mainstream* del momento. En general, el evolucionismo económico que nos propone Veblen tiene su raíz teórica en sus lecturas de formación de Spencer y Darwin. La misma idea de la conservación de lo que aquí hemos llamado hábitos, como patrones culturales de pensamiento regular, puede ser rastreada en los postulados de Spencer sobre la conservación y transmisión de características adquiridas. Sin embargo, Veblen rechazaría el reduccionismo biológico presente en la obra de Spencer y derivado, a su vez, del pensamiento lamarckiano. De algún modo, las instituciones y en general la cultura, piensa Veblen, no pueden ser explicadas totalmente en términos biológicos. Esto es así porque, si el conjunto de los fenómenos socioeconómicos pudiera ser explicado exclusivamente mediante factores biológicos, los conceptos de “institución” o “cultura” serían redundantes. Por ello, Veblen prudentemente mantiene la distancia con respecto a la cuestión de la herencia biológica y se centra en la metodología darwiniana. De este modo, su atención se dirige principalmente a la cuestión de la evolución socioeconómica, en concreto, al análisis de las instituciones como entidades “orgánicas” sujetas a procesos de selección evolutiva.

En su famoso artículo *Why is economics not an evolutionary science?*, Veblen observa la necesidad de someter a la economía a una transformación radical en vista de los últimos avances de la ciencia moderna. La economía neoclásica mostraba serias dificultades para contrarrestar la incertidumbre propia de los repentinos cambios en esta materia. Además, los hombres de ciencia de finales del siglo XIX se mostraban escépticos ante la economía, que en el momento era una disciplina basada en nociones históricas anticuadas como la de “derechos naturales” para fundamentar la propiedad, o el “principio de utilidad” para predecir las acciones de los hombres. En definitiva, se exigía a la disciplina un mayor rigor científico que dejara atrás ciertas derivas contractualistas o racionalistas, y una reformulación del *homo oeconomicus* como sujeto económico

abstracto en sentido histórico, psicológico, biológico, etc. Las ciencias modernas a las que se refiere Veblen adoptan, todas ellas, el paradigma evolucionista.

Este artículo puede ser leído como un aviso de última hora de Veblen hacia sus compañeros que se dedican a la economía y que, según él, se encuentran varios pasos por detrás del resto de las ciencias. Sin embargo, parece que en la época de Veblen, a pesar de este descontento generalizado de los científicos sociales y políticos de la época con los economistas, ninguno de ellos sabía indicar exactamente en qué cuestiones la economía sufría carencias con respecto al resto de ciencias evolucionistas. Los únicos que podían dar respuesta a este problema eran los naturalistas y biólogos, a cuyo parecer, la economía hacía mucho tiempo que había dejado de tener en cuenta los *hechos*. Efectivamente, la economía trabajaba a partir de hechos materiales como la distribución de los bienes, pero la cuantificación de los mismos a través de datos y valores abstractos la había alejado de su origen. Ni siquiera la escuela historicista alemana, centrada en el desarrollo de las sociedades a lo largo del tiempo, había logrado, según Veblen adaptarse al paradigma evolucionista. Este ha sido considerado por muchos lectores de Veblen su punto de divergencia con la escuela marxista que, según él, tan solo se limitaba a realizar una “enumeración de datos y una consideración narrativa del desarrollo industrial”, sin tratar de aportar ninguna consistencia teórica en el aparente caos de sucesos históricos dispares. Por supuesto, Veblen no se refiere al tipo de consistencia que ofrecían los abstractos postulados racionalistas de la Escuela Neoclásica, sino a la que podía intuirse a partir de los estudios de las sociedades en términos de estructuras institucionalizadas sujetas a una evolución compleja y multidimensional, y no limitada a una linealidad histórica uniforme.

Las teorías evolutivas son ciencias acerca de los procesos en general, procesos que pueden estudiarse aun cuando no se encuentran concluidos o finalizados. Tanto el historicismo alemán, como la Escuela Neoclásica y los marginalistas, se aproximan a esta idea del proceso o del desarrollo como si pudiera encontrarse de algún modo en ella, una línea recta, trazada de un punto a otro, que nos indicase de manera clara dónde comienza y dónde finaliza. Veblen les concede a sus predecesores el éxito por haber logrado crear una ciencia sobre el desarrollo de la sociedad en general, pero no deja de sorprenderse ante los derroteros que ha seguido en los últimos tiempos, casi concibiéndose a sí misma como una disciplina ajena a la realidad social concreta, junto a todas sus complejidades imposibles de medir matemáticamente. La economía siempre se ha ocupado de los hechos de alguna manera, y también de los procesos, las estructuras, el crecimiento y el

desarrollo, incluso antes de la irrupción de la biología en las ciencias sociales. Veblen no niega la belleza y el ingenio de aquellas teorías que abordaron todos estos campos del conocimiento, motivadas por la curiosidad de entender la naturaleza de las naciones y las sociedades.²⁹ Los criterios del evolucionismo moderno deben ser tenidos ahora en cuenta como una pieza fundamental en la interrelación entre la naturaleza propiamente biológica del ser humano, y el desarrollo social y cultural de los grupos de nuestra especie.

Veblen habla de un cambio necesario en la “actitud espiritual” de los economistas que, le parece, no tienen motivos suficientes para seguir negándose a una reconstrucción del dogma de las doctrinas monetarias. Siendo los hechos que estudia la economía los mismos, antes y ahora, podríamos decir que se propone un cambio metodológico en el estudio de los mismos. Se trata, del mismo modo, de analizar las relaciones causales entre dichos hechos a partir de una nueva perspectiva. Veblen atribuye a los científicos evolucionistas la noción de la *causalidad acumulativa*, como un novedoso modo de estudiar las relaciones entre causa y efecto en virtud de su carácter acumulativo. De esta manera, cualquier sistema puede comprenderse en términos de una secuencia mecánica, que no está necesariamente condicionada por algún tipo de finalidad o determinada por ninguna ley general.

Tanto los biólogos como los economistas pre-evolucionistas, asumen como principio fundamental una “ley natural” que ejerce sobre el sistema “un cierto tipo de vigilancia coercitiva sobre la secuencia de eventos, y concede estabilidad espiritual y consistencia a la relación causal”³⁰. Podemos apreciar cómo Veblen recurre varias veces al término “espiritual” para aludir a un cierto modo de comprensión de la realidad a partir de la interpretación de los hechos. En concreto, critica a los neoclásicos todo aquello que tiene que ver con una interpretación finalista que a su vez otorga esa estabilidad sagrada a todo el sistema:

To meet the high classical requirement, a sequence -and a developmental process especially- must be apprehended in terms of a consistent propensity tending to some spiritually legitimate end.³¹

²⁹ Veblen, Thorstein: *Why is Economics not an Evolutionary Science*, Oxford, The Quarterly Journal of Economics, 1898. Pág. 377.

³⁰ *Ibid.*, pág. 378.

³¹ *Ibid.*

El problema con este tipo de aproximaciones fundacionalistas es su tendencia a la reducción teórica de acuerdo con un conjunto de leyes o verdades implacables, que restringen la investigación a un tipo de parámetros que no contemplan la variabilidad y el dinamismo de la realidad económica. No resulta azaroso que Veblen elija la imagen del bárbaro para dirigirse a un estadio de la cultura en el que el hombre, más que ser una realidad sujeta a un progreso indefinido y a una racionalidad impecable, es un ser movido por el instinto, el hábito, y otras fuerzas que no se contemplan bajo la ideal belleza de las leyes absolutas. Bajo la rigidez de la tendencia determinante de los hechos interpretados según una ley abstracta, cualquier suceso en la cadena causal que no se ajuste a ella será tomado como una perturbación del sistema. Si hay algo que buscan el científico y el economista clásicos es la revelación de una verdad absoluta que, dice Veblen, es un *hecho espiritual*. Este tipo de verdad busca la total coincidencia entre los hechos y una forma intencionada y deliberada del sentido común, que nos anima a pensar que todo ocurre bajo la uniformidad y la estabilidad de un principio total.

Veblen atribuye a este normativismo finalista un origen primitivo animista, que podemos rastrear en doctrinas como la metafísica, la teología, el derecho natural u otras. Es sobre todo un modo de afrontar los hechos como si necesariamente debieran guardar coherencia de algún tipo -Veblen habla nuevamente de coherencia *espiritual*-. A su juicio, la biología moderna ha sustituido este discurso espiritual por una visión de la realidad como una secuencia sin un fin predeterminado; una secuencia no-espiritual. La economía debe, por tanto, estudiar esa *causalidad acumulativa* atendiendo a los cambios que se producen en nuestro modo de gestionar los bienes materiales.

Del mismo modo, Veblen rechaza una visión del hombre como un ser sujeto únicamente al placer y al dolor como fuerzas determinantes en su conducta. Conocedor de la psicología y la antropología del momento, como ya hemos visto, Veblen concibe al ser humano como una “estructura coherente de inclinaciones y hábitos que busca realizarse y expresarse en una actividad en desarrollo”³². De este modo, las circunstancias particulares en las que se encuentra el sujeto económico, así como su temperamento, determinan el curso de las acciones. No obstante, también influyen en el sujeto ciertos condicionamientos hereditarios, tradiciones, convencionalismos, etc. La vida económica del individuo es un *proceso acumulativo* en el que el individuo y su entorno se ven

³² Ibid., pág. 390.

constantemente transformados en el transcurso de las acciones. Por esta razón, no podemos afirmar que haya un medio de vida o una finalidad de la acción definitivos.

CONCLUSIÓN

El enfoque evolucionista no deja, en definitiva, lugar a ninguna formulación en términos de leyes naturales definitivas, ni en la biología, ni en la economía. Por tanto, ahora se carga a la economía con una nueva complejidad en el modo de tratar tanto al individuo como al grupo. Ambos deben ser estudiados como objetos complejos con hábitos y costumbres en constante desarrollo. Esto impide que la institución económica pueda centrarse en un solo fenómeno cultural en particular, aunque sí que sea capaz de atender a los comportamientos más habituales o repetitivos. La economía evolucionista es una teoría sobre el desempeño de las instituciones en un contexto en constante cambio y, por ello, puede definirse como una ciencia cuyo objeto es el *proceso* económico en sí mismo. En conclusión, la economía debe fijarse en el desarrollo acumulativo de los rasgos de una cultura, sin tratar de reducir la cuestión a un equilibrio teórico definitivo o a una tendencia absoluta. Veblen dibuja, a partir de su estudio de las instituciones económicas, un marco en el que la naturaleza humana y el desarrollo de la vida social de los hombres se conciben como un fenómeno complejo afectado multifactorialmente por rasgos biológicos, sociológicos y culturales. Sin apostar unilateralmente en la eterna confrontación entre cultura y biología, que puede ser rastreada hasta los orígenes de la investigación filosófica en el binomio alma/cuerpo, se decanta por una visión dinámica de la realidad, no finalista o teleológica.

BIBLIOGRAFÍA

BARAÑANO, M: *Veblen. Del marginalismo a la economía institucionalista*. Madrid, UCM, 1994.

BARAÑANO, M.: *Veblen y el homo oeconomicus*. Madrid, UCM, 1993.

FIGUERAS, A. J.: *La teoría del consumo y de los ciclos en Thorstein Veblen*, Argentina, Revista de Economía Institucional, 2013.

GEOFFREY, M. HODGSON: *On the evolution of Thorstein Veblen's evolutionary economics*. Cambridge, Cambridge Journal of Economics, 1998.

HEILBRONER, R. L.: *Los filósofos terrenales*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.

O'HARA, P. A: *The Contemporary Relevance of Thorstein Veblen's Institutional-Evolutionary Political Economy*. Australia, Routledge, 2002.

RAMOS GOROSTIZA, J. L.: *Thorstein Veblen, el inclasificable*. Madrid, UCM, 2013.

ROUECK, JOSEPH S.: *El impacto de las teorías de Veblen en el pensamiento social económico norteamericano*. Nueva York, Queensborough Community College, 1968.

SOWELL, THOMAS: *The "evolutionary" economics of Thorstein Veblen*. Ithaca, Cornell University Press, 1967.

TILMAN, RICK: *Ferdinand Tonnies, Thorstein Veblen and Karl Marx: From community to society and back?* Londres, Routledge, 2004.

VEBLER, THORSTEIN: *Teoría de la clase ociosa*, Madrid, Alianza Editorial, 2014.

VEBLER, THORSTEIN: *The Theory of Business Enterprise*, Reino Unido, Routledge, 2017.

VEBLER, THORSTEIN: *The Instinct of Workmanship and the Irksomeness of Labor*, The American Journal of Sociology, vol. 4, 1898-1899.

VEBLER, THORSTEIN: *Why is Economics not an Evolutionary Science*, Oxford, The Quarterly Journal of Economics, 1898.